



Fotografías: M. Palmer

Lunes al atardecer en El Comendador

por
Ernesto Rodríguez

Este es un relato sobre la experiencia cotidiana y periódica de un profesor que no es arquitecto, pero que enseña cada lunes en la Casa donde su cultivan los arquitectos; una obra de arquitectura donde "...el tiempo se detiene. Se detiene como demora del pasar, y porque se detiene demorándose, ahí se puede morar."

A professor -who is not an architect- tells us about his teaching experience in the Old House where the architects are raised. There, "... time comes to a standstill; it delays the passing of events, and thus, because of its stillness you can stay and dwell..."

Desde hace veinte años, de marzo a diciembre, he ido a la casa de El Comendador a dar un curso en la Escuela de Arquitectura. El curso, en dos semestres, se llama desde hace tiempo Pensar y Habitar, y el semestre siguiente Poética del Habitar, y en él leo y comento con los alumnos a poetas y pensadores. De entre todas mis actividades ésta se ha constituido en un hábito particularmente gozoso.

En las últimas horas de la tarde, la calma de la luz y el término del día de trabajo crean ya un ambiente favorable. El ánimo, entre cansado y tranquilo, permite un recogimiento y una concentración que sólo a veces se suspende cuando un estudiante muy cansado se abandona al sueño. Al terminar, a eso de las nueve de la noche, el grupo se despide y se dispersa y con frecuencia el profesor y sus ayudantes o alumnos se van a conversar alrededor de una botella de vino y alguna sencilla comida.

Si uno se detiene, antes de subir las gradas de la entrada a la casa, ve desde el nivel de la calle la gran puerta y, detrás de ella, enmarcada por la penumbra del amplio zaguán, el marco, del mismo tamaño de la puerta que introduce a la luz del patio-jardín. En primer plano los rosales blancos, luego la pérgola que en septiembre se cubre de la flor de la pluma; detrás todavía, la línea horizontal

del techo de tejas del otro lado del jardín y sobre ella el perfil del cerro, arriba, el cielo azul. Es una vista mágica, de una serenidad intemporal, una pura construcción arquitectónica. Sin duda que estamos en la entrada de una casa de arquitectura muy tradicional, pero también su misterio luminoso y ordenado podría ser el de una construcción oriental, o de una arquitectura moderna. En la arquitectura el tiempo se detiene. Se detiene como la demora del pasar, y porque se detiene demorándose, ahí se puede morar. La arquitectura da forma al morar y lo hace ser una morada. Desde la entrada ya estamos ante la arquitectura.

¿Podría esta casa seguir siendo a comienzos de este siglo una morada si de ella no se cuidaran, si en ella no moraran arquitectos y alumnos de arquitectura?

La casa perteneció originalmente a la familia Contador. Antes de ser adquirida por la Universidad, gracias al arquitecto y ex decano de la Facultad Sergio Larraín García-Moreno, a la familia Martínez, pudo haber sido, con más atención, el campus de toda la universidad.

Ha sido cuidada muy particularmente por los profesores y alumnos de la Escuela. La han defendido contra la amenaza de la inversión

inmobiliaria y han resistido a las tentaciones y presiones de una planificación optimizadora. Así ha resistido a la depredación y a la confusión del valor de algo con su precio de mercado. Sus grandes habitaciones no han sido subdivididas; en ella sobra el espacio. He ocupado en estos años tres grandes piezas: la de la esquina sur-poniente, la del otro extremo de la fachada sur y esa sala subterránea que llamamos “la piscina”, en que el ingenio arquitectónico cavó o aprovechó un sótano.

Hay una nobleza propia en el reocupar habitaciones que antes fueron salones, comedores, dormitorios, bodegas, cocheras. ¿La Capilla fue siempre Capilla?, ¿Qué habrá sido antes ese largo espacio oscuro al que se accede por el medio del patio-jardín y que llamamos “El Túnel”?

La vieja casa se despliega dando lugar a otros actos sin perder su ordenación arquitectónica. Otras conversaciones, otros ecos habitan el jardín y su marco, como un violín del siglo XVIII hace resonar la música de Alban Berg o el jazz.

En el centro de la casa, el espacio abierto, luminoso y acotado del jardín permanece intacto. Algunos naranjos plantados recientemente en el lugar de los que murieron de vejez. Nadie atraviesa corriendo o gritando el jardín; apenas se ocupa. El espacio arquitectónico no ha sido violado. Todo arte es sagrado. No todo lo que permanecía se ha disuelto en el aire ni todo lo sagrado ha sido profanado. Lo que permanece lo fundan los poetas, decía Hölderlin, y difícilmente abandona el lugar lo que está cerca del origen. El paso de los profesores y alumnos por los corredores conserva todavía un cierto recogimiento monacal que no es deliberado. No se estudia arquitectura si no se aprende la medida de los pasos. Esa medida no es medible –aunque se pueda “medir” la ocupación del espacio disponible– sino desde el ir paso a paso, demorándose en un espacio arquitectónico ahora habitado por maestros y estudiantes del oficio de la arquitectura.

Más atrás de la vieja casa hay un gran patio duro que tiene otros dos que descienden al subsuelo. Ahí, un gran salón de conferencias y una biblioteca de una espacialidad magnífica en la que reina el silencio de la lectura. Arriba, sobre el patio, a veces los alumnos juegan por un rato a la pelota como los niños de Roma que juegan en sus plazas históricas. También el tiempo, de este tiempo del

mundo, guarda el secreto del trabajo oculto y de la plaza despejada. Las oficinas de la dirección y otros talleres albergan una actividad incesante y discreta. No se trata de un mundo distinto sino del eco del recogimiento. Esta riqueza de la vida que comparten profesores y alumnos está unida sin pretensiones ni discursos. Hace tiempo que no se oyen manifiestos sobre el arte y la arquitectura, parece que hemos descubierto que las palabras traicionan muchas veces a la vida. Aquí uno puede ir y volver de sus soledades a sus compañías con una discreción, una delicadeza y una falta de pretensiones admirables.

Que una obra arquitectónica antigua no sólo haya sido conservada sino cultivada por quienes cultivan lo que se llama “arquitectura culta” es algo excepcional. Los arquitectos han cuidado la casa y la casa los ha cuidado a ellos. La casa silenciosa ha tenido la palabra. La obediencia y fidelidad a lo que es propio de la obra, exigen sobriedad y contención, la responsabilidad por lo que se dice y se hace. Esta escuela de rigor está custodiada por la sobriedad y contención, por la calidad y precisión de los espacios de la casa. La banalidad y chapucería de casi todo lo que se construye no se defiende con invocaciones a lo moderno. La arquitectura real se aparta de la mera decoración, del “buen gusto” y de “lo que se usa”. Si no todos los arquitectos encuentran las condiciones y tienen el talento para crear pura “arquitectura culta”, todos pueden encontrar el rigor y la contención –aún dentro de lo más simple– la dignidad y el estado actual del oficio. Esta casa cuida en su serenidad a quienes la cuidan.

He tenido la fortuna de encontrar año tras año a estudiantes receptivos. Las sesiones de cada lunes han tomado un paso en que reconozco una parte buena de mí mismo. Aunque cada vez se comienza de nuevo y nada asegura resultados hay, me parece, una atmósfera que es inseparable de la casa y los alumnos, y eso favorece una afinación adecuada. Es cierto que a veces, y son las veces infelices, me he sentido predicando, exagerando; cuando estamos fuera de la cosa desafinamos. Más frecuentemente me siento como un músico que toca más o menos la misma música, en un mismo lugar por muchos años y a los alumnos como un público que algo sabe de lo que va a oír, o, mejor, como un músico viejo que se encuentra con músicos jóvenes a leer

las mismas partituras.

Nos encontramos con las palabras de pensadores y poetas. ¿Qué tiene que ver la poesía y el pensar con la arquitectura? Todo, porque la arquitectura da una forma y coloca en el espacio el habitar del hombre. Los alumnos no pretenden convertirse en expertos en literatura o filosofía; tienen una manera muy propia de acercarse a las palabras y quedarse con la resonancia de algunos momentos esenciales que asocian con el oficio que aprenden. Parece que de ahí brota a veces una fórmula que ilumina la unidad de vida y obra. Hay que encontrar el lugar y la fórmula, decía Rimbaud, y las palabras cuando no divagan, ayudan. Si la arquitectura es una topografía porque traza los lugares, la poesía también lo es porque quiere decir el lugar de la condición humana. Cuando leemos a Hölderlin “... en cabañas habita el hombre y cuida su intimidad...”, o “...lleno de méritos, pero poéticamente habita el hombre esta tierra” resulta posible encontrar caminos entre el habitar y las habitaciones, entre el morar y las moradas, entre el fundar y las fundaciones.

Ha nacido a veces una real amistad con algunos estudiantes. Hay un puente entre la palabra y la arquitectura. Hablar desde la palabra ha permitido que esas amistades crezcan en medio del puente. En estas amistades duraderas nunca hemos dejado de mano el lugar del encuentro entre la vida y la obra. Entonces ya no importan las diferencias de edades y oficios porque estamos en lo mismo. Nadie es nada, dice San Pablo, ni el que planta ni el que riega, sino Dios que da el crecimiento. En medio del crecer, yendo y viniendo cada uno según su capacidad nos hemos encontrado, reconocido y saludado.

Algunos de estos alumnos han sido ayudantes del curso por varios años y creo que saben lo mucho que me han ayudado. Algunos han viajado a estudiar afuera y recibo con frecuencia noticias y regalos suyos. Uno de ellos me trajo de vuelta de un viaje a Italia un dibujo a lápiz de la lápida sobre la tumba de Ezra Pound. En estos días leo a W .G. Sebald, un escritor muy grande que trabaja con la calma de los arquitectos, trazando líneas de la vida que van mostrando su ternura y su tristeza, lo que se pierde y lo que se encuentra. Tengo el dibujo a lápiz de mi antiguo alumno y amigo arquitecto entre las páginas de su último libro. ¿Qué más podría decir de lo que he aprendido y vivido en la casa de Lo Contador? ARQ